
ACTO V.

Aposento en casa del músico. — Es la hora del crepúsculo de la tarde.

ESCENA PRIMERA.

LUISA, silenciosa, está sentada en el ángulo más oscuro de la habitación, con la cabeza apoyada en el brazo; después de una larga pausa aparece MILLER con una linterna, mira con angustia á todas partes sin ver á LUISA, y deja el sombrero en la mesa y la linterna en el suelo.

MILLER. — ¡Tampoco está aquí! ¡Tampoco aquí! He recorrido todas las calles, he visitado todas las casas de los conocidos, y he preguntado en todas las puertas... nadie ha visto á mi hija. (Pausa.) ¡Paciencia, pobre, desdichado padre! Espera hasta mañana. Quizás aparezca en la orilla tu única hija... ¡Dios mío, Dios mío! ¡Habré yo idolatrado á esa niña con exceso?... ¡Fuerte es el castigo; fuerte, Padre, que estás en el cielo! No murmuro, Padre mío, pero el castigo es terrible. (Déjase caer con tristeza en una silla.)

LUISA. (Desde un rincón.) — ¡Haces bien, mísero anciano! Aprende á sufrir aún más.

MILLER. (Levantándose.) — ¿Estás ahí, hija mía? ¿Estás ahí?... Pero ¿por qué tan sola y sin luz?

LUISA.—No estoy tan sola. Cuando la oscuridad me rodea por todas partes, es justamente cuando yo veo á quien me agrada.

MILLER.—¡Dios te proteja! Sólo el gusano roedor de la conciencia vela en compañía del buho. El culpable y el malvado temen sólo la luz.

LUISA.—También la eternidad, oh padre, habla con las almas desvalidas.

MILLER.—¡Niña, niña! ¿Qué modo de hablar es éste?

LUISA. (Levantándose y adelantándose.)—Mi lucha ha sido atroz. Ya lo sabéis, padre. Dios me ha dado fuerzas. El combate ha terminado. Se suele decir, oh padre, que nuestro sexo es frágil y delicado. No lo creáis. Temblamos á la vista de una araña, y estrechamos entre nuestros brazos al horrible monstruo de la destrucción. Sabed, oh padre, que vuestra Luisa está alegre.

MILLER.—¡Oye, hija! Quisiera que lloraras. Más me agradaría.

LUISA.—¿Cómo he de sobrepujarle en sagacidad, padre? ¿Cómo engañar al tirano?... El amor es más astuto que la maldad, y también más atrevido... Él lo ignoraba; él, el de la triste estrella en el pecho... ¡Oh! son avisados, mientras ponen en juego su inteligencia; pero en los asuntos, en que se interesa el corazón, los perversos se hacen estúpidos... ¿Pensaba sellar su engaño con un juramento? Este lazo, padre, liga á los vivos, pero la muerte rompe los eslabones de hierro de la promesa jurada. Fernando conocerá entonces á su Luisa... ¿Queréis encargarnos de llevar este billete, oh padre? ¿Será tanta vuestra bondad?

MILLER.—¿A quién, hija mía?

LUISA.—¡Extraña pregunta! Lo infinito y mi corazón no dejan entre sí espacio bastante para formular un solo pensamiento acerca de él... Por otra parte, ¿á quién sino á él podría escribir yo?

MILLER. (Inquieto.)—Oye, Luisa, voy á romper el sobre.

LUISA.—Como queráis, padre... Pero nada adelantareis. Las letras son como cadáveres, y sólo viven á los ojos del amor.

MILLER. (Leyendo.)—«Te hacen traición, Fernando... Una infamia sin ejemplo ha roto el lazo, que unía vuestras almas; un horrible juramento ha hecho enmudecer mi lengua, y tu padre ha puesto en todas partes vigilantes. Pero si tienes valor, amado mío, yo conozco cierto lugar, en donde no obliga ningún juramento, ni en donde se encuentra ningún espía.» (Miller se detiene, y la mira con seriedad.)

LUISA.—¿Por qué me miráis así? Leedla toda, padre.

MILLER.—«Pero has de tener valor suficiente para recorrer esa senda de tinieblas, en donde sólo tu Luisa y Dios pueden guiarte. Únicamente has de llevar allí tu amor, renunciando á todas tus esperanzas y deseos fogosos; sólo puede servirte tu corazón. Si quieres... parte cuando el reloj de la torre de los Carmelitas dé las doce. Si no te atreves... no lames varonil á tu sexo, porque una doncella te llena de vergüenza. (Miller deja la carta en la mesa, mira ante sí pensativo, con dolor y fijeza; y, por último, se vuelve hacia ella, y le dice con voz lenta y entrecortada.) ¿Cuál es ese tercer lugar, hija mía?

LUISA.—¿No sabéis cuál es? No lo conocéis realmente, padre?... ¡Cosa extraña! Está descrito de manera, que es fácil encontrarlo. Fernando lo hallará.

MILLER.—¡Hum! Habla más claro.

LUISA.—No me es posible darle un nombre grato... No os asustéis, padre, si es odioso ese lugar... ¿Por qué el amor no ha inventado su nombre? Sería entonces el más dulce. Ese tercer lugar, padre bondadoso... dejádmelo decirlo de una vez... ¡es la tumba!

MILLER. (Cayendo en una silla.)—¡Dios mío!

LUISA. (Acercándose á él, y sosteniéndolo.)—¡No, padre mío! Sólo son vanos temores los que despierta esa palabra... Desechadlos, y allí veréis un lecho nupcial, en donde la aurora tiende su tapiz dorado, y la primavera teje sus guirnaldas de varios colores. Sólo un pecador llorón puede calificar á la muerte de esqueleto; pero es en realidad un niño de cabellos de oro y faz angelical, lleno de vida, como pintan al Dios del amor, pero no tan travieso... un genio servicial y pacífico, que ofrece un brazo al alma del cansado peregrino, le abre las puertas de la grandeza eterna, le sonríe con benevolencia, y desaparece.

MILLER.—¿Que te propones, hija mía?... ¿Quieres emplear contra tí tus propias manos?

LUISA.—¡No hables así, padre mío! Dejar una sociedad, que no puede sufrirme... pasar antes de tiempo á un lugar, en donde no puedo ya faltar... ¿es acaso pecado?

MILLER.—El suicidio es el más repugnante de todos, hija mía... El único irreparable, porque son simultáneos el pecado y la muerte.

LUISA. (Que se queda atónita.)—¡Eso es horrible! Pero no será tan pronto. Me arrojaré al río, padre, y mientras me ahogo invocaré la misericordia divina.

MILLER.—O lo que es lo mismo, te arrepentirás del robo, en cuanto dejes seguro lo robado... ¡Hija, hija! Ten cuidado no te burles de Dios, cuando más necesitas de su ayuda... ¡Oh! lejos, demasiado lejos has ido ya, en mi opinión!... No oras ya, y el Todopoderoso ha levantado de tí su mano.

LUISA.—¿Amar es quizás un delito, padre?

MILLER.—Sí es á Dios á quien amas, nunca pecarás... Me has agobiado, hija mía única, me has agobiado con insufrible peso; casi me llevas á la tumba!... Sin embargo, no quiero afligirte más... Hija, yo hablaba hace poco creyendo estar solo. Me has oído; y de todas maneras, ¿por

qué ocultártelo ya? tú eras mi idolo: óyeme, Luisa, si sientes todavía algún afecto hacia tu padre... Tú eras todo para mí. Nada puedes hacer ahora de tu bien, porque puedo perderlo todo. Mis cabellos, como ves, comienzan ya á blanquear. Va llegando para mí el tiempo, en que los padres suelen gozar del fruto del capital, que han formado en el corazón de sus hijos... ¿Vas á defraudar mis esperanzas, Luisa? ¿Quieres perderte con todo cuanto posee tu padre?

LUISA. (Besando su mano con la más viva emoción.)—¡No, padre mío! Dejo este mundo debiéndoslo todo, y pagaré en el otro con usura.

MILLER.—¡Ten cuidado no te engañes en tus cálculos, hija mía! (Serio y con gran solemnidad.) ¿Nos encontraremos ya allí de nuevo?... ¿Cuán pálida te pones!... Mi Luisa comprenderá sin trabajo, que no es fácil que yo la vea en el otro mundo, porque no pienso visitarle tan pronto como ella. (Luisa se precipita en sus brazos, sobrecogida de terror; él la oprime contra su pecho, y continúa con voz suplicante.) ¡Oh! hija, hija mía! ¡Oh hija humillada! ¡Oh hija, quizás ya perdida! ¡Atiende á las palabras de tu padre, importantes para tí! Yo no puedo vigilarte. Está en mi mano arrancarte un puñal, pero puedes suicidarte con una aguja. Yo puedo preservarte del veneno, y tú aborcarte con un collar de perlas... Luisa... Luisa... sólo me es lícito aconsejarte... ¿Intentas recurrir al extremo de exponerte á que tus ilusiones falaces se desvanezcan al llegar al horrible puente, que separa al tiempo de la eternidad? ¿Osarás presentarte ante el trono del Omnipotente, y engañarlo diciéndole: vengó por mi amor á tí, oh Creador... cuando tus ojos culpables estén buscando su ídolo terrenal?... Y si ese vano Dios de tu fantasía, gusano entonces como tú, se retuerce a los pies de tu Juez, califica de engaño, en tan supremo instante, á tu confianza impia, y somete tus esperanzas

infundadas á la misericordia eterna, cuando el desdichado apenas se atreve á implorarla para sí... ¿qué harás? (Con más energía y en voz más alta.) ¿Qué harás entonces, infortunada? (La estrecha un momento con fuerza, la mira sin pestañear y después la suelta de repente.) Ahora nada más sé... (Levantando su diestra.) ¡Estoy ahora delante de tí, Dios y Supremo Juez! ¡Nada puedo en favor de esta alma; hágase, pues, tu voluntad! Ofrece un sacrificio á ese mancebo elegante, para que tus demonios se regocijen, y tus buenos ángeles huyan... ¡Anda, pues! Carga con el fardo de tus pecados; carga también con ése, el último, el más horrible; y si todavía es ligero su peso, mi maldición lo aumentará... He aquí un cuchillo... atraviesa con él tu corazón, y... (Hace ademán de irse, sollozando y llorando á gritos.) y el de tu propio padre!

LUISA. (Que corre detrás de él.)—¡Deteneos; deteneos! ¡Padre mío! ¿Ha de ser más cruel la ternura que la tiranía?... ¿Qué debo hacer?... No puedo... ¿Qué haré?

MILLER.—Si los besos de tu Mayor son más ardientes que las lágrimas de tu padre... ¡muere!

LUISA. (Después de una lucha terrible, pero con energía.)—¡Padre; aquí está mi mano! Yo quiero... ¡Dios mío, Dios mío! ¿Qué hago? ¿Qué intento?... Padre, juro... ¡ay, ay de mí! Criminal, ¿adónde te encaminas?... ¡Sea, oh padre!... Fernando... Dios me mira... ¡Oh, si yo borrara hasta su último recuerdo! (Rompe la carta.)

MILLER. (Abrazándola, ebrio de alegría.)—¡Esta es mi hija!... ¡Mira! ¡por renunciar á un amante haces feliz á un padre! (Abrazándola de nuevo entre lloroso y risueño.) ¡Hija, hija! ¡Yo no era digno de ver un día como éste!... ¡Sólo Dios sabe por qué yo, hombre pecador, poseo este ángel del cielo!... ¡Luisa mía, gloria mía!... ¡Oh Dios! seguramente comprendo poco lo que es el amor; pero que sea un tormento renunciar á él... lo comprendo bien.

LUISA.—¡Vayámonos de aquí, padre mío!... Lejos de esta ciudad, en donde mis compañeras de juego se burlan de mí, y mi buena reputación ha desaparecido para siempre... ¡Lejos, lejos!... muy lejos del lugar, en donde tantos recuerdos me hablan de mi pasada ventura... ¡Lejos, lo más lejos posible!...

MILLER.—¿Adónde quieres ir ahora, hija mía? El pan de nuestro Dios bondadoso se encuentra en todas partes, y no faltarán aficionados á mi violín. ¡Sí! Dejémoslo todo... ¡Sí! ¡dejémoslo todo!... Pondré en música la historia de tu amor desgraciado, y escribiré una canción sobre la hija que desgarró su pecho por honrar á su padre... pediremos así limosna de puerta en puerta, y nos será grato recibirla de manos de los que lloren...

ESCENA II.

LOS MISMOS y FERNANDO.

LUISA. (Que lo ve primero, y se arroja gritando al cuello de Miller.)—¡Dios mío! ¡Ahí está él! ¡Yo soy perdida!

MILLER.—¿En dónde? ¿Quién?

LUISA. (Señalando al Mayor, con el rostro vuelto, y oprimiendo más estrechamente á su padre.)—¡El, él mismo!... ¡Vedlo! vedlo junto á vos, padre... para matarme ha venido.

MILLER. (Que lo mira, y retrocede.)—¿Cómo? ¿Vos aquí, Barón?

FERNANDO. (Que se acerca con pausa, se detiene delante de Luisa, y la contempla fijamente: momento de silencio.)—¡Conciencia sorprendida! Te doy las gracias. Terrible es tu confesión, pero rápida y evidente... y ahora mi tortura... ¡Buenas noches, Miller!

MILLER.—Pero ¡por Dios santo! ¿Qué queréis, Barón? ¿Qué os trae aquí? ¿Qué significa esta sorpresa?

FERNANDO.—Hubo un tiempo en que se contaban uno á uno todos los segundos del día, en que el deseo de verme pendía del curso lento del reloj de pared, y se enumeraban los latidos del corazón hasta que yo me presentaba... ¿Cómo explicar ahora esta extrañeza?

MILLER.—¡Andad, andad, Barón! Si queda todavía en vuestro pecho una partícula de humanidad... si no queréis asesinar á la que pretendéis amar, huid, y no os detengáis aquí ni un sólo instante. La mano de Dios se ha levantado de mi pobre vivienda desde que pusisteis los pies en ella. Habéis atraído el infortunio sobre este techo, cuando antes lo visitaba sólo la alegría. ¿Aun no estáis hartos? ¡Intentáis ahondar aún más la herida que, por conoceros, ha recibido mi hija única?

FERNANDO.—Vengo, oh padre sin igual, á anunciar á tu hija una alegre nueva.

MILLER.—¿Nuevas esperanzas, sin duda, para que le suceda una nueva desesperación? Tu aspecto no está de acuerdo con tus palabras.

FERNANDO.—Al fin se cumple mi más ardiente deseo. Lady Milford, el obstáculo más invencible á nuestro amor, huye ahora mismo de este país. Mi padre aprueba mi elección. El destino se cansa ya de perseguirnos. Nuestros astros favorables se levantan. Aquí estoy para cumplir mi palabra empeñada, y llevar á mi prometida al altar.

MILLER.—¿Lo oyes, hija mía? ¿Oyes sus burlas de tus esperanzas desvanecidas? Verdaderamente, Barón, es grato ver así al seductor, ejercitando su ingenio á costa de su víctima!

FERNANDO.—¿Crees que me chanco? ¡No, por mi honor! Mis palabras son tan verdaderas como el amor de mi Luisa, y quiero cumplirlas religiosamente, como ella lo hará con

sus juramentos... Nada hay tan sagrado para mí... ¿Dudas todavía? El simpático rubor ¿no tiene aún las mejillas de mi bella esposa? ¡Cosa extraña! La mentira debe ser aquí moneda corriente, ya que tan poco crédito merece la verdad. ¿Desconfiáis de mis palabras? Fiaos entonces de este testimonio escrito. (Tira á Luisa la carta del Mariscal; Luisa la abre, y cae en tierra pálida como un cadáver.)

MILLER. (Sin notar lo, al Mayor.)—¿Qué significa esto, Barón? Yo, por mí, no lo entiendo.

FERNANDO. (Llevándolo á donde está Luisa.)—¡Tanto mejor; me ha comprendido ella!

MILLER. (Cayendo á su lado.)—¡Oh Dios! ¡Hija mía!

FERNANDO.—¡Pálida como la muerte!... Ahora me agrada ya tu hija. Nunca ha estado tan bella tu piadosa y honrada hija... Con este rostro cadavérico... El hábito del juicio tinaí, que borra el barniz de todo engaño, ha arrancado también el afeite, con que esta fraguadora de artificios hubiese seducido hasta á los ángeles de la luz... ¡Su belleza en todo su esplendor! ¡Es su rostro anterior, y el verdadero! ¡Déjame besarlo!

MILLER.—¡Atrás! ¡Fuera! ¡No lastimes el corazón de un padre, joven! No puede librarla de tus caricias, pero sí defenderla ahora de tus malos tratamientos.

FERNANDO.—¿Qué intentas, anciano? Nada tengo que hacer contigo; no te mezcles en este juego, porque la pérdida es segura... á no ser que tu sabiduría supere á la idea, que yo he formado de ella. ¿Has acaso acomodado tu experiencia de sesenta años á las galanterías de tu hija, y deshonrado tus canas venerables desempeñando el papel de intermediario?... ¡Oh! si no es así, anciano misero, déjate caer en tierra, y muere... ¡todavía es tiempo! Aun puedes, arrullado en blando sueño, exclamar: «yo fui un padre feliz!...» Un instante después, lanzarías temblando en su cueva infernal á esta vibora ponzoñosa, m

al don y al donador, y te refugiarías blasfemando en la tumba. (A Luisa.) Habla, desventurada, ¿has escrito tú esta carta?

MILLER. (A Luisa, llamándola.)—¡Por Dios, hija! ¡No lo olvides, no lo olvides!

LUISA.—¡Oh! esa carta, padre mío...

FERNANDO.—¿Que haya caído en manos de quien menos se pensara?... ¡Bendita sea esa casualidad, origen de cosas más grandes, que si se debieran á la razón más previsora, y día ése más venturoso, que si lo crearan los ingenios más sublimes!... ¡La casualidad he dicho?... ¡Oh! la divina Providencia, porque si es su obra la muerte del pajarillo inocente, ¿por qué no ha de serlo, cuando el demonio se ve despojado de su máscara?... Respóndeme, ¿has escrito esa carta?

MILLER. (Aparte, y conjurando á Luisa.)—¡Firme, firme, hija mía! Ya sólo ese único sí, y todo se acabó.

FERNANDO.—¿Qué placer, qué placer! ¡También el padre engañado! ¡Todos engañados! ¡Miradla ahí ahora, llena de oprobio, y hasta su lengua le niega la debida obediencia, para coadyuvar á sus últimas mentiras. ¡Jura por Dios, por la verdad más temible, ¿has escrito esa carta?

LUISA. (Después de tremenda lucha, mirando á su padre suplicante, con decisión y firmeza.)—Yo la he escrito!

FERNANDO. (Que se detiene atónito.)—¡Luisa!... ¡No! ¡Tan cierto como mi alma existe! ¡Tú mientes! La inocencia confiesa á veces delitos en el instrumento de la tortura, que no cometió jamás... Yo lo he preguntado con ira extraordinaria... ¿No es así, Luisa?... ¿No es verdad que tu contestación responde á la rabia de mi pregunta?

LUISA.—Yo he confesado lo que es.

FERNANDO.—¡No, digo yo; nó, nó! Tú no la has escrito. No es esa letra tuya... Y aunque lo fuese, ¿por qué ha de ser más difícil falsificar una carta que perder un cora-

zón?... No, no; no lo hagas, porque pudieras decir que sí, y yo sucumbiría... ¡Una mentira, Luisa, una mentira!... ¡Oh! Si tú supieses una ahora, y me la dijese con tu rostro angelical, y persuadieras sólo á mis oídos, sólo á mis ojos, aunque engañaras también mi corazón! ¡Oh Luisa! Toda verdad, con tu aliento, podría brotar asimismo de la creación, y lo bueno, entonces, podría doblegar su enhiesto cuello, y hacer genuflexiones cortesanías. (Con voz temblorosa.) ¿Has escrito tú esta carta?

LUISA.—¡Por Dios! ¡Por la eterna verdad! ¡Sí!

FERNANDO. (Después de una pausa, con la expresión del más acerbo dolor.)—¡Mujer, mujer!... Ese rostro, que veo ahora delante de mí... Ofrece con ese rostro la gloria, y ni en el imperio de los condenados encontrarás un solo comprador... ¡Si tú supieses lo que eras para mí, Luisa! ¡Imposible! ¡No! ¡Tú ignorabas que yo era todo para mí! ¡Todo!... Y esta es una palabra pobre y miserable, y, sin embargo, la eternidad sufre en comprenderla; y sistemas inmensos solares siguen en ella su camino... ¡Todo! ¿y jugar con ella tan puniblemente?... ¡Oh! ¡Esto es horrible!

LUISA.—Habéis oído mi confesión, señor de Walter. Yo misma me he condenado. ¡Alejaos de aquí! ¡Abandonad una casa, que os ha hecho tan desdichado.

FERNANDO.—¡Bien, bien! Ya estoy tranquilo... tranquilo se dice también del país, por donde una peste ha pasado... ¡sí, yo lo estoy! (Después de reflexionar un poco.) ¡Un ruego sólo, Luisa... el último! Mi cabeza arde. Necesito refrescar. ¿Quieres prepararme un vaso de limonada? (Vase Luisa.)

ESCENA III.

FERNANDO y MILLER, que se pasean en silencio por la escena, y en sus extremos opuestos.

MILLER. (Que se para al cabo, y mira al Mayor con tristeza.)—¿Os consolará algo en vuestra pena, si yo os aseguro que la deploro cordialmente?

FERNANDO.—¡Dejémoslo así, Miller! (Dando algunos pasos.) Apenas recuerdo, Miller, el motivo que me trajo á vuestra casa... ¿Cuándo vine á ella?

MILLER.—¿Es posible, señor Mayor? Para que yo os enseñase á tocar la flauta. ¿No os acordáis?

FERNANDO. (Con viveza.)—¡Y vi á vuestra hija! (Después de algunos instantes de silencio.) ¡No habéis cumplido vuestra palabra, amigo. Convinimos en que me proporcionarais el sosiego en mis horas de soledad. Me engañasteis, y me vendisteis escorpiones. (Notando el movimiento, que hace Miller.) ¡No; no os asustéis, anciano! (Abrazándolo conmovido.) No tenéis la culpa.

MILLER. (Enjugándose las lágrimas.)—Pongo por testigo á Dios omnipotente.

FERNANDO. (Paseándose de nuevo, absorbido en profundas cavilaciones.) Dios se burla de nosotros de un modo extraño é inexplicable. Peso excesivo pende con frecuencia de cuerdas débiles y casi imperceptibles... Si el hombre supiera que había de encontrar la muerte comiendo de esta manzana... ¡Ya!... ¡Si lo supiese! (Continuando su paseo con mayor agitación; y después tomando violentamente la mano de Miller.) ¡Hombre! Te he pagado con exceso tus lecciones de música... y nada ganas... sino que pierdes... quizás lo

pierdes todo. (Alejándose de él inquieto.) ¡Desdichada afección filarmónica! ¡Ojalá que nunca la hubiese sentido!

MILLER. (Que intenta reprimir su emoción.)—Mucho se hace esperar la limonada. Creo... que debo preguntar, si no lo tomáis á mal...

FERNANDO.—No corre prisa, querido Miller. (Murmurando para sí.) Y menos para el padre... quedaos aquí... ¿Qué deseaba preguntaros?... ¡Ah, sí! ¿Es Luisa vuestra única hija? ¿No tenéis ningún otro hijo?

MILLER. (Con calor.)—No tengo ningún otro, Barón... ni tampoco lo quiero. Con ella me basta para ocupar mi corazón de padre... en ella he puesto todo mi amor.

FERNANDO. (Muy conmovido.)—¡Ah!... ¿Me haréis el obsequio de averiguar si está ya el refresco preparado? (Vase Miller.)

ESCENA IV.

FERNANDO solo.

¡Su única hija!... ¿Lo entiendes, asesino? ¡La única! ¡Ase-sino!... Y ese hombre, siendo el mundo tan vasto, sólo posee su violín y su única... ¿Y te propones robársela?... ¿Robársela?... ¿robar su último céntimo á un mendigo? ¿Tirar á los pies del estropeado sus muletas rotas? ¿Cómo? ¿Tengo yo ánimo para esto?... Y cuando vuelva á su casa, y sin esperarlo, al enumerar todas las alegrías que le proporciona el rostro de su hija, entre, y la vea ahí, marchita esa flor... muerta... destrozada, la última, la única, la inefable esperanza... ¡Ah! y estará delante de ella, y la naturaleza entera no podrá darle un soplo de vida, y su mirada fija se hundirá vanamente en el desierto infinito, y buscará

Dios, lo hallará, y retornará sin haber descubierto nada... ¡Dios, Dios! Pero también mi padre tiene sólo un hijo único, un hijo único, pero no su única riqueza... (Pausa.) Pero ¿cómo? ¿Qué pierde al cabo? Una doncella, para la cual los más santos sentimientos del amor son sólo bagatelas, ¿puede hacer feliz á un padre? ¡No; no lo hará, no lo hará! Y yo merezco gratitud, por aplastar la víbora antes que muerda á su padre.

ESCENA V.

MILLER, que vuelve, y FERNANDO.

MILLER.—¡Pronto seréis servido, Barón! Esa pobre criatura está allá fuera, y llora como una desesperada. También beberéis lágrimas en la limonada.

FERNANDO.—¡Y si fueran sólo lágrimas!... Pero puesto que hablábamos ha poco de música... (Sacando una bolsa.) Yo soy deudor vuestro.

MILLER.—¿Cómo? ¿Qué decís? ¡Dejaos ahora de esto, Barón! ¿Por quién me tomáis? En buenas manos está. No me injuriéis, porque, si Dios quiere, no será esta la última vez que nos veamos.

FERNANDO.—¿Quién sabe? Tomadla, á vida y muerte.

MILLER. (Sonriéndose.)—¡Oh! en cuanto á lo último, Barón, según creo, no hay riesgo alguno que temer por vuestra parte.

FERNANDO.—Podría acaso haberlo... ¿No habéis oído hablar de jóvenes, que han sucumbido... mancebos y doncellas, pródigos en esperanzas, las niñas de los ojos de sus padres engañados?... Lo que no pueden alcanzar ni las

penas ni la edad, lógralo con frecuencia un rayo... Vuestra Luisa no es tampoco inmortal.

MILLER.—Diómela Dios.

FERNANDO.—Escuchad... Yo os digo que no es inmortal. Esta hija es el objeto de vuestro cariño. Concentráis en ella vuestra vida y vuestra alma. Sed previsor, Miller. Sólo un jugador desesperado arriesga cuanto tiene á una sola carta. Llámase loco á un comerciante, que carga toda su fortuna en un solo buque... ¡Oídme! Reflexionad en este aviso... Pero ¿por qué no tomáis este dinero?

MILLER.—¿Cómo, señor? ¿Esa pesadísima bolsa? ¿En qué pensáis?

FERNANDO.—En mi deuda... ¡Ahí está! (Pone la bolsa en la mesa, y caen monedas de oro.) No puedo guardar ese estorbo eternamente.

MILLER. (Sorprendido.)—¿Cómo? ¡Por Dios Todopoderoso! ¿Ese no es el sonido de la plata! (Acércase á la mesa, y exclama con horror.) ¿Cómo? ¡Por todos los poderes celestiales, Barón, Barón! ¿Qué hacéis? ¿Qué os proponéis? ¿Estáis distraído? (Juntando las manos.) ¡Hay ahí... ó yo estoy hechizado, ó... ¡Dios me condene! eso es oro puro, amarillo, reluciente... ¡No, Satanás, no me atraparás!

FERNANDO.—¿Habéis bebido vino viejo, ó vino nuevo, Miller?

MILLER. (Con grosería.)—¡Trueno y tempestad! ¡Miradlo! ¡oro!

FERNANDO.—¿Y qué más?

MILLER.—¡En nombre del diablo!... digo... os suplico por el sagrado nombre de Cristo... ¡oro!

FERNANDO.—¡Sin duda no se ha visto nunca otra!

MILLER. (Después de una pausa, acercándose á él conmovido.)—Señor, yo soy un pobre hombre honrado, y si os proponéis seducirme para alguna acción vituperable... porque Dios sabe bien que, por buen camino, no se puede ganar dinero

FERNANDO. (Con emoción.)—No tengáis cuidado alguno, querido Miller. Harto habéis ganado esa suma, y Dios me libre de atentar á vuestra buena conciencia...

MILLER. (Saltando como un loco.)—¡Mío, pues, mío! ¡mío, sabiéndolo y queriéndolo Dios! (Corriendo hacia la puerta, y gritando.) ¡Mujer! ¡Hija! ¡Victoria! ¡Venid acá! (Volviendo.) ¡Pero, santo cielo! ¿Cómo adquiero yo de repente este inmenso tesoro? ¿Por qué lo he ganado? ¿Lo merezco?

FERNANDO.—No por vuestras lecciones de música, Miller... Os pago con esta suma, (Detiéndose helado de espanto.) es pago... os pago (Después de una pausa, con tristeza.) el sueno feliz de tres meses, que debo á vuestra hija.

MILLER. (Cogiendo su mano, y estrechándosela.)—¡Bondadoso señor! Si fueseis un hombre de mi clase, oscuro é insignificante... (Con animación.) y mi hija no os amase... la mataría sin compasión. (Acercándose de nuevo al dinero, y después con abatimiento.) Pero ya que todo lo poseo, y nada vos, debiera devolveros toda vuestra alegría. ¿No es así?

FERNANDO.—¡No hay que deplorarlo, amigo!... Me ausento de aquí, y en donde voy, no corre esa moneda.

MILLER. (Mirando al dinero, y con entusiasmo.)—¿Esto es por tanto mío? ¿Mío?... Pero siento que os vayais... ¡Esperad un poco, y veréis lo que haré! ¿Cómo voy á engordar ahora? (Quitase el sombrero, y lo tira.) Mandaré á pasear mis lecciones de música, y fumaré tabaco superior, y que el diablo me lleve, si vuelvo á sentarme en el teatro en el lugar más barato. (Quiere irse.)

FERNANDO.—¡Quedaos! ¡Callaos, y guardad ese oro! Callaos sólo por hoy, y hacedme el favor de no pensar ya en vuestras lecciones de música.

MILLER. (Aun más entusiasta, cogiéndolo por el vestido, y rebosando de alegría.)—¿Y mi hija, señor? (Soltándolo.) El dinero no hace al hombre honrado... el dinero no... Que yo coma patatas ó perdices, el harto, harto está; y este traje

bastará, siempre que no se vea el sol por sus agujeros... Lo malo para mí... pero todos los bienes serán para mi hija, y suyo cuanto se le antoje...

FERNANDO. (Interrumpiéndole bruscamente.)—¡Callad! ¡oh, callad!

MILLER. (Siempre animado.)—Y aprenderé francés á la perfección, y minué y canto, y se hablará de ella en los periódicos, y tendrá un sombrero igual al de la hija de un consejero, y un vestido con cola; y el nombre de la hija del músico se pronunciará á dos leguas á la redonda...

FERNANDO. (Tomándole la mano casi convulso.)—¡No más! ¡No más! ¡Callaos, por Dios! ¡Callaos sólo hoy! Es el único favor, que os pido.

ESCENA VI.

Los mismos, y LUISA, con la limonada.

LUISA. (Que, con los ojos llorosos y balbuceando, presenta al Mayor el vaso en un plato.)—Decid si os agrada ó no.

FERNANDO. (Que toma el vaso, lo deja, y se vuelve con prontitud hacia Miller.)—¡Oh! ¡Casi lo había ya olvidado! ¿Podré pedir un favor, querido Miller? ¿Me dispensaréis un ligero obsequio?

MILLER.—¡No uno, mil! Lo que ordenéis...

FERNANDO.—Me esperan para comer, y desgraciadamente no me encuentro dispuesto á ello. Me es del todo imposible ver gente... ¿Tendréis la bondad de pasaros por mi casa, y excusarme con mi padre?

LUISA. (Interrumpiéndolo asustada.)—Yo puedo ir.

MILLER.—¿A casa del Presidente?

FERNANDO.—No á él en persona. Decidlo sólo á uno de

los criados de la antesala... Llevad mi reloj, para que os crean... Aquí estaré cuando regreséis... Aguardaréis la contestación.

LUISA. (Muy inquieta.) — ¿No puedo encargarme yo de esto?

FERNANDO. (A Miller, que quiere irse.) — ¡Escuchad además! Aquí tengo una carta para mi padre, que me entregaron corrada ha poco... Quizás algún negocio urgente... Todo esto podríais hacerlo á un tiempo.

MILLER. — ¡Muy bien, Barón!

LUISA. (Instándole, con la ansiedad más viva.) — Pero, padre mío, yo podría hacer muy bien todo esto.

MILLER. — Estás sola, y ya es noche oscura, hija mía.

(Vase.)

FERNANDO. — ¡Alumbra á tu padre, Luisa! (Mientras que ésta acompañe con la luz á su padre, acércase él á la mesa, y vierte veneno en el vaso de limonada.) ¡Sí, morirá! ¡Debe morir! Los poderes celestiales pronuncian á mis oídos su horrible sí; la venganza divina lo confirma, y su ángel de la guarda la abandona.

ESCENA VII.

FERNANDO, y LUISA, que vuelve lentamente con la luz, la deja en la mesa, y se sienta en la parte opuesta al Mayor, con la vista en el suelo, y mirándolo con temor á hurtadillas. Él, en pie, no separa sus ojos de la tierra. Pausa prolongada, propia de esta escena.

LUISA. — ¿Queréis acompañarme, señor de Walter? Tocaré algo en el piano. (Lo abre; Fernando no le responde; pausa.) Me debéis la revancha al ajedrez. ¿Os agrada jugar

una partida, señor de Walter? (Nuevo silencio.) Señor de Walter, ya he comenzado el bolsillo, que había prometido bordaros... ¿No veréis el dibujo? (Nueva pausa.) ¡Oh! ¡Qué desgraciada soy!

FERNANDO. (Sin moverse.) — ¡Podiera muy bien ser verdad!

LUISA. — No es culpa mía, señor de Walter, que tan mal sostenga la conversación.

FERNANDO. (Aparte, con amarga sonrisa.) — ¿Qué has de hacer, pues, con mi taciturnidad extremada?

LUISA. — Bien me presumía yo que ahora no nos conviene estar solos. Me asusté, por tanto, cuando hicisteis salir á mi padre... Me temo, señor de Walter, que esta entrevista es igualmente penosa para ambos... Si me lo permitis, voy á buscar algunos amigos.

FERNANDO. — ¡Si, sí, andad! Yo iré también, y buscaré algunos conocidos míos.

LUISA. (Mirándolo confusa.) — ¡Señor Walter!

FERNANDO. (Con amarga ironía.) — ¡Por mi honor! Es la idea más ingeniosa, que puede tener un hombre en mi situación. Trocaríamos en diversión este triste dúo, y nos vengaríamos con ciertas galanterías de los sinsabores del amor.

LUISA. — Estáis de buen humor, señor de Walter.

FERNANDO. — ¡De extraordinario buen humor, como para que corran tras de mí gritando todos los muchachos de la calle! ¡No, en verdad, Luisa! tu ejemplo me sirve de lección... tú debes ser mi maestro. Son locos los que charlan del eterno amor. La eterna uniformidad nos repugna, y sólo la variedad sazona el placer... ¿No es verdad, Luisa? ¿No estoy yo en lo cierto? Corremos de novela en novela, de lodazal en lodazal... tú por allí, yo por aquí... quizás después de nuestra grata excursión, convertidos en descarnados esqueletos, nos veremos de nuevo con la más seductora sorpresa, y nos conoceremos por cierto ara